



Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo y los círculos concéntricos de *Sur*

Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo and the concentric circles of *Sur*

 Domingo Ródenas de Moya

domingo.rodenas@upf.edu

Aarhus Universitet, Dinamarca

Recepción: 14 Julio 2023

Aprobación: 01 Noviembre 2023

Publicación: 01 Mayo 2024

Cita sugerida: Ródena de Moya, D. (2024). Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo y los círculos concéntricos de *Sur*. *Olivar*, 24(38), e143.

<https://doi.org/10.24215/18524478e143>

Resumen: Victoria Ocampo contó, en la puesta en marcha de la revista *Sur* y posteriormente en la creación de la editorial *Sur*, con dos colaboradores fundamentales: Eduardo Mallea y Guillermo de Torre. Si bien el papel del primero, traductor de Waldo Frank, ha sido ampliamente reconocido, no ha ocurrido lo mismo con el segundo, cuyos consejos de diseño en la génesis de la revista y cuya gestión como secretario de redacción entre 1931 y 1938 fueron determinantes. Aquí se examina la relación entre los tres a la luz de la correspondencia inédita, con especial atención a la que mantuvieron desde 1926 Mallea y Torre, que muestra la complicidad entre los dos escritores y revela cómo el proyecto de la editorial *Sur* nació en 1931, a los pocos meses del lanzamiento de la revista.

Palabras clave: *Sur*, Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Guillermo de Torre, Redes intelectuales transatlánticas.

Abstract: During the starting up of the magazine *Sur* and, later, for the creation of the editorial *Sur*, Victoria Ocampo relied on two central collaborators: Eduardo Mallea and Guillermo de Torre. Unlike Mallea (translator of Waldo Frank), whose role in *Sur* has been widely recognized, Torre's influence in design issues during the genesis of the magazine and his role as Managing editor between 1931 and 1938 were decisive. The purpose of this article is to examine the relation of the three agents considering their unpublished correspondence. We will especially attend the written communication between Mallea and Torre since 1926, that shows the complicity existing among the two writers and reveals how the project for creating *Sur* editorial was born in 1931, a few months after the magazine launch.

Keywords: *Sur*, Victoria Ocampo, Eduardo Mallea, Guillermo de Torre, Transatlantic Intellectual Networks.



En diciembre de 1966 Victoria Ocampo firmaba un largo memento titulado “Vida de la revista *Sur*. 35 años de una labor”, que introducía el número triple (303-305), de noviembre de 1966 a abril de 1967, con los índices de la revista hasta ese momento. Allí volvía a recordar las circunstancias en que nació el proyecto, pero ofrecía algunas novedades, como la transcripción parcial de las cartas que dirigió a Ortega y Gasset (traducidas, porque habían sido en francés) y un par de menciones a sus colaboradores más estrechos:

Sur empezó su vida en un modestísimo cuartito de mi casa que servía de Redacción y Administración. Ahí nos juntábamos con Eduardo Mallea y nuestro excelente y activo Guillermo de Torre. La empresa no contaba con otro personal. (1967, p. 8)

Poco después vuelve a mencionarlos a ambos como miembros del Consejo de Redacción, junto a Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño y María Rosa Oliver. Sin embargo, siente que debe distinguirlos y a renglón seguido añade: “Pero Mallea, iniciador de *Sur* y de Torre, secretario, ocupaban un lugar mucho más importante que el de simples consejeros: juntos hacíamos la revista” (p. 9).

Esta doble declaración sobre la relevancia de Mallea y Torre en la puesta en marcha del proyecto de *Sur* no ha sido tenida siempre en cuenta. Sorprende que, por ejemplo, John King, en su canónico estudio de 1986, ni siquiera mencione que Torre fue el primer secretario de la revista ni lo incluya en el «grupo inicial» en el que sí lista a Jorge Luis y Norah Borges. Sobre todo no tratándose de ningún secreto, puesto que, por ejemplo, Jorge A. Warley, en el dossier sobre *Sur* de la revista *Punto de vista* (1983) ya afirmaba meridianamente que Torre “fue secretario de *Sur* desde su fundación hasta 1938” (p. 12), a la vez que le concedía, a través de su artículo “Misterios poéticos” (en el núm. 2, en 1931) sobre los cuentos de Jules Supervielle, la capacidad para “condensar un conjunto de postulados que, con diverso tono, serán los que rijan la visión de la literatura en particular y de la cultura en general del grupo nucleado alrededor de la revista en estos primeros años”. Por fortuna, la investigación más reciente ha enmendado el olvido de King, empezando por el excelente aporte de María Teresa Gramuglio (1983) sobre la constitución del grupo en el campo intelectual de la época a los libros de Nora Pasternac (2002), Judith Podlubne (2012) o Rosalie Sitman (2003).

La propia Victoria Ocampo tuvo que salir al paso, en marzo de 1972, de un pretendido error de Jorge Luis Borges en sus conversaciones con Jean de Milleret (1967) que, en realidad, formaba parte de un conjunto de malicias (o maldades) que no la dejaban a ella indemne, como su supuesto desinterés por el cine.

Lo hizo en “Fe de erratas”, incluida en la Novena serie de *Testimonios* (1975, p. 240), donde reaccionaba a la respuesta que da Borges a la pregunta de Milleret sobre quién fue el primer secretario de *Sur*: “El primero fue Reyes, el hijo del escritor mexicano”. La primera edición francesa del libro de Milleret era de 1967 y a Victoria la deja perpleja que en la versión española publicada por Monte Ávila en Caracas en 1970 no rectifiquen ese *error* ni Borges ni su entrevistador. Ante ello, comenta irónicamente que por más *curiosa* que fuera su *concepción* de lo que había de ser una revista, “nunca llegué al extremo de confiar los quehaceres de secretario a un escolar que cursaba estudios primarios o casi... por hijo de Reyes que fuera” (p. 241). Y añadía: “El primer secretario de *Sur*, Guillermo de Torre (excelente secretario), era el mismísimo cuñado de Borges”, dejando en el aire la sospecha de una omisión o manipulación malevolente,

como otras que se encarga de señalar y aclarar. Es oportuno añadir que en la difundidísima biografía de Borges que el crítico Emir Rodríguez Monegal publicó en inglés en 1978 (*Jorge Luis Borges. A Literary Biography*, no traducida al español hasta 1987), la malicia de Borges se da como dato indiscutido (“El hijo de Reyes sería el primer secretario de la revista”, p. 213), a pesar de su ostensible condición de falsedad y a pesar de la inequívoca aclaración de Victoria Ocampo.

En efecto, como la directora precisó, en el grupúsculo motor de *Sur*, desde 1930 hasta 1932, actuaron, junto a Victoria, Mallea y Torre. Y aunque en 1932 Torre volvió a España junto a su esposa Norah Borges para incorporarse a las estructuras culturales que propició la Segunda República, no fue sustituido en la secretaría y, a su retorno a Buenos Aires en mayo de 1937, reanudó las labores de secretario remunerado – era el único que recibía un sueldo – hasta julio de 1938, momento en que se rompió su compromiso a raíz del malentendido que ocasionó la fundación de la editorial Losada, que molestó a Victoria Ocampo. Y, no obstante, a los diez años del nacimiento de *Sur*, en diciembre de 1940, Victoria no dudó en recabar de su primer secretario un artículo conmemorativo del aniversario. Muy significativamente, lo ubicó después del “Saludo” de Waldo Frank, de su “Carta a Waldo Frank” y del texto de Eduardo Mallea (“El hombre gordo de Kensington”), de tal modo que los cuatro primeros textos pertenecían al inspirador del proyecto, Frank, y al equipo primigenio, la directora, Mallea y Torre. Este, en su “Conmemoración extraoficial”, recordaba los días veraniegos de entusiasmo y desazón en que fraguaron el primer número, cargando “implacablemente el acento en la calidad, sin ceder a tolerancias o pactos” para situar *Sur* “a un nivel parejo de las mejores publicaciones europeas: la *Revista de Occidente*, la *N. R. F.*, *Criterion*” (1940, p. 39). Y a la vez refutaba dos contumaces reproches lanzados a la revista, el de ser un reflejo de las filias y fobias de su directora, y el de privilegiar el espíritu y las formas europeas en detrimento de su americanismo.

Diez años después, en 1950, Victoria volvió a contar con Torre para celebrar el vigésimo aniversario y este cumplió con una imprescindible “Evocación e inventario de *Sur*” que se inicia con el recuerdo de las tardes calurosas de diciembre de 1930 en que Victoria, Mallea, Alfredo González Garaño y él surcaban “la modorra de la ciudad, trasladándonos desde Palermo Chico hasta la imprenta de Colombo en Caballito” (Torre, 1950, p. 15). Y recuerda también cómo les impulsaba el “deseo de hacer una revista americana por su origen, por su tono, por sus preocupaciones esenciales, pero europea por su calidad, su amplitud, su voluntad de rigor”. Y para acabar de definir al grupo originario, Torre cita unas palabras de Victoria en la *Revista Hispánica Moderna* (enero-abril 1946) en las que sostenía que aquel grupo había sido formado por personas que “se sentían con el coraje de enfrentar en el mundo de las letras esas fatalidades concéntricas” a las que se había referido Alfonso Reyes en el primer número de *Sur*: “ser humanos, modernos, americanos, latinos y hasta hispanoamericanos”.

No son esos los círculos concéntricos a los que quería referirme sino los que dibujan alrededor de *Sur* su promotora y sus dos primeros coadjutores, Mallea y Torre, con los que configura la posición intelectual de la revista a comienzos de los años treinta y quienes se incorporaron al proyecto en el invierno de 1930, cuando Victoria regresó de su viaje a Nueva York para entrevistarse con Waldo Frank, tal como le había prometido que haría una vez concluyera su temporada en Europa. Durante su estancia en octubre de 1929 en Buenos Aires, Frank le había hablado con elogio de Mallea, el muchacho que traducía sus conferencias, pero, pese a su insistencia en presentárselo, no hubo ocasión de hacerlo. De este modo, solo pudo conocerlo –o reconocerlo, porque no recordaba que se lo hubiera presentado una tarde en Amigos del Arte Ricardo Güiraldes– cuando volvió a Buenos Aires persuadida de la necesidad de fundar la gran revista panamericana sobre la que le había predicado Frank durante su gira de conferencias de octubre. Con humor, Victoria atribuiría a Eduardo Mallea, junto con Waldo Frank, su elección para tirar del carro de *Sur* porque “sospecharon que yo pertenecía a esta raza subalterna de cuadrúpedos”, las mulas, que exceden en fuerza y sentimientos a sus progenitores (1967, pp. 2-3).

A Guillermo de Torre, en cambio, lo conocía desde hacía más de dos años, porque en septiembre de 1927, recién llegado a Argentina, lo había invitado a almorzar junto a su novia Norah Borges, muy amiga de su hermana Silvina, y sin duda pudo conocer por él mismo su implicación en el lanzamiento en Madrid de *La Gaceta Literaria* en enero de aquel año, su proximidad a la *Revista de Occidente* y acaso el largo historial de gestor de revistas que Torre acumulaba desde su adolescencia: *Cervantes*, *Grecia*, *Cosmópolis*, *Vltra*, *Plural* y otras (Ródenas, 2023).

Por su parte, Torre y Mallea se conocían bien. Llevaban año y medio de relación epistolar, iniciada en febrero de 1926 a instancias de Mallea, quien le agradeció a Torre la acogida favorable que había dado a la *Revista de América* que él, con otros estudiantes de Derecho como Carlos Alberto Erro, que la dirigía, había impulsado. Lo había sabido por Francisco Luis Bernárdez, y alentado por este, por Borges y por Erro, que tenían a Torre por “el más inteligente y vigoroso de los animadores” literarios (Ródenas, 2014b, p. 172), le envió algunos de sus cuentos publicados en *La Nación*. Tenía Mallea 22 años y Torre 25, pero se dirigía a él con el respeto que le inspiraba el autor de *Literaturas europeas de vanguardia*, del que le dice que “se ha vendido aquí copiosísimamente. Hoy es popularísimo” (p. 173).

A finales de 1926, Mallea ya ha publicado sus *Cuentos para una inglesa desesperada*, que Torre le reseñará en *Revista de Occidente*, emparejándolo con Pierre Girard (Torre, 1927). Y Torre le ha enviado para *Revista de América* una “Meditación en Florencia” escrita aquel verano durante su estancia en Florencia e inspirada por el recuerdo de Norah. No solo eso: Torre ha informado a Mallea del proyecto de *La Gaceta Literaria* que está definiendo junto a Ernesto Giménez Caballero y también de su inminente traslado a Buenos Aires para instalarse en la ciudad con el propósito de casarse con Norah Borges. De ahí que Mallea le tienda la mano para colaborar en *La Nación*, *Caras y Caretas* y *El Hogar* y le asegure amistosamente que han hablado de su llegada “con Borges, Bernárdez, Piñero, Evar Méndez, etc.” y “todos sentimos ya la cordial necesidad de tenerle pronto por aquí” (p. 174). “Vamos a ver si cuando venga usted, nos trae la buena semilla y plantamos aquí algo por el estilo” de *La Gaceta Literaria*.

Pero lo que ocurrió en enero de 1927 fue que la *Revista de América* tuvo que suspenderse y Norah, a petición de Torre, rogó a Mallea que le devolviera el original de “Meditación en Florencia”. Al acudir al domicilio de los Borges, se encontró allí a Jorge Luis, quien le comentó que el texto podría publicarse en una nueva revista que dirigiría el ex ultraísta español Xavier Bóveda y en la que el propio Borges estaba involucrado: *Síntesis*. En efecto, la revista inició su andadura poco después, en junio, y enseguida, en el número de julio, apareció el ensayo de Torre. Aunque el director era Bóveda, el definidor de *Síntesis* y quien ostentaba capacidad ejecutiva era el arquitecto Martín S. Noel, miembro del Consejo de Dirección junto a los profesores de la UBA Coriolano Alberini, Emilio Ravignani y Julio Rey Pastor, a los que acompañaban Arturo Capdevila, Borges y, en funciones de secretario, el historiador Héctor G. Ramos Mejía. Casualidad o estrategia, aquel mismo julio de 1927, Torre reseñaba muy favorablemente en *La Gaceta Literaria* el libro de Martín S. Noel *Fundamentos para una estética nacional*.

Ya en Buenos Aires, desde agosto, Torre mantuvo su contacto con *Síntesis*, publicando en octubre una semblanza de Benjamín Jarnés, a la vez que mantenía su colaboración en *La Gaceta* sobre literatura latinoamericana y en *Martín Fierro* o *Nosotros* sobre escritores españoles, cumpliendo de ese modo la función de agente mediador transatlántico en ambas direcciones. Además, desde noviembre y por mediación de Eduardo Mallea, se incorporó a *La Nación* con un puesto subalterno en la sección de bibliografía, donde a menudo tenía que escribir de manera anónima o sobre libros irrelevantes, como los que atendió en su primera reseña el 15 de noviembre de 1927; situación que se prolongó hasta mayo de 1928, cuando fue nombrado secretario del Suplemento literario.

En diciembre de 1927, Torre había tenido conocimiento de que en *Síntesis* iba a producirse un cambio que le concernía directamente. Martín S. Noel iba a invitar a Xavier Bóveda a dimitir como director para asumir él el pleno control de la revista. En el número de enero, se comunicó a los lectores que Bóveda había presentado su renuncia el 8 de diciembre por falta de disponibilidad ante la “verdadera y continua consagración de tiempo” que la revista exigía. Y en ese golpe de timón, Noel incorporó a Torre al comité directivo y le encargó que se ocupara de las colaboraciones españolas. Así lo hizo desde enero de 1928 hasta el último número de *Síntesis*, el 41, en octubre de 1930, cuando el proyecto de *Sur* ya avanzaba a toda máquina. La relación personal de Torre con Noel era excelente, hasta el punto de que ese mismo verano su amigo Enrique Larreta –ambos, Larreta y Noel, habían sido designados en 1926 delegados argentinos en la Exposición Iberoamericana de Sevilla– lo invitó a pasar una temporada en su fastuosa estancia neocolonial Acelain que le había diseñado Martín Noel en el partido de Tandil.

Los casi tres años de gestión de las letras españolas en *Síntesis* se sumaron a su experiencia organizativa adquirida desde su adolescencia en numerosas publicaciones y a su vasto conocimiento de las revistas culturales modernas, evidente en artículos como los que dedicó en *Síntesis* a las revistas juveniles (Torre, 1928) y a las revistas de sesgo revolucionario (Torre, 1929) o en la sección “A través de las revistas” que publicó en julio y agosto de 1929. Lo cierto es que a mediados de 1930, cuando Victoria Ocampo había determinado llevar adelante el proyecto de revista panamericana que casi le había impuesto Frank, Torre estaba en las mejores condiciones para ofrecerle consejos de orden práctico.

En las postrimerías de 1929 fueron pocos los que estuvieron al corriente de la marcha del proyecto: María Rosa Oliver, Mallea –que sin embargo no se entrevistó con Victoria hasta meses después– y, sobre todo, Samuel Glusberg, que había promovido la visita de Frank como conferenciante y en quien este confiaba para la intendencia de la revista por su sensibilidad social de izquierdas y por sus convicciones americanistas (Tarcus, 2001). Él y Glusberg estaban en contacto por carta desde 1925 y ambos planeaban el traslado de José-Carlos Mariátegui a Argentina para librarlo del acoso que sufría por parte del gobierno de Augusto Leguía. Hasta el 15 de diciembre de 1929, cuando Victoria embarcó hacia Europa, el proyecto de una revista bilingüe que se llamaría *Nuestra América* estuvo en manos de Frank y de Glusberg, que se avino a que María Rosa Oliver fuera la secretaria de la directora. Frank podía escribirle a Glusberg el 6 de diciembre expresándole su orgullo mesiánico de pasar a la “historia de América Hispana” por reunir en una “obra continental” a “Mariátegui, el andino, Victoria la Porteña [y] tú el Judío Universal” (Tarcus, 2001, pp. 182-183). Y Glusberg, el mismo día, podía elaborar la lista de miembros del Consejo de Orientación y mandársela eufórico a Frank convencido de que la revista sería “la más grande de cuantas se hayan hecho hasta ahora en América. Victoria será la directora, según mi plan primero. Yo, el editor de ‘mucho influencia’, como tú me decías”.

Pero Victoria, con la fecha de su partida a la vista, citó en su casa cuatro días antes, el 11 de diciembre, a Glusberg junto a Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges. Glusberg no acude y quizá por eso Reyes puede expresarle sin trabas sus reticencias ante la participación del protegido de Frank, aunque quizá sin la crudeza con que lo hizo en carta a Genaro Estrada del 13 de diciembre de 1929: “Algo haré para la *Nuestra América* waldo frankiana que Victoria proyecta con la imposible y perjudicial colaboración del estratega judío universalmente odiado aquí Samuel Glusberg” (Zaitzeff, 1993, p. 254).

Para no hacer el relato prolijo, salto al momento en que Victoria se encuentra de vuelta en Buenos Aires, en julio de 1930, tras reunirse con Frank en Nueva York. El día 19 le confía a Ortega y Gasset que estos “quince días pasados en Nueva York y este *descendimiento* a lo largo de las costas del Pacífico me han instruido singularmente” porque ha conocido “el espectáculo de paisajes lunares como los de Talara, Antofagasta, Chañaral, Mollendo...” (Ocampo, 1966, p. 5). Y, sin embargo, tras pasear por las calles de Antofagasta y regresar a su camarote del vapor Santa Clara con la sensación de faltarle el oxígeno –ella

escribió “síntomas de puna”–, puso un disco de Debussy y durante una hora pudo recuperar el aliento. Se lo resumía así a Ortega: “Debussy = Oxígeno = Europa” y precisaba que para ella el Viejo Continente constituía su “higiene respiratoria” (1966, p. 6). Con todo, poseída ya de la idea de fundar la revista, la síntesis que le brinda al filósofo es clara: “He aquí el proyecto: publicar una revista que se ocupe principalmente de problemas americanos, bajo varios aspectos, y donde colaboren los americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen en América” (1967, pp. 6-7).

Días antes, a comienzos de julio, Henríquez Ureña le había aconsejado que se distanciara de cualquier grupo de intereses, que hiciera la revista a su gusto porque nunca contentaría a todos, y le había pedido a María Rosa Oliver que insistiera en “que Glusberg no tenga intervención literaria”, como le resume el día 15 a Alfonso Reyes (Reyes/Henríquez Ureña, 2021, posición 3665), que ya se encontraba en Brasil. Ese mismo día Glusberg escribía a Frank lamentándose de los chismes con que algunos “jovencitos” estaban contaminando la opinión de Victoria sobre él, inquietándola “ante la vista de tanto odio como despierto entre sus amigos”. No se trataba de jovencitos únicamente, como hemos visto, puesto que ni Henríquez Ureña ni Reyes lo eran. Y, por otro lado, tras la reunión con el dominicano, Victoria había decidido acelerar la gestación de la revista y el 13 o 14 de julio le había enviado a Frank un cable para anunciarle que la revista, todavía con el nombre de *Nuestra América*, saldría en noviembre.

Quizá fue esa prisa y la necesidad de reemplazar urgentemente a Glusberg como secretario o jefe de redacción la que la llevó a pensar en el asesoramiento de Guillermo de Torre. Debieron de encontrarse en uno de los homenajes a Jules Supervielle del mes anterior: el de Amigos del Arte el día 15 o el banquete que organizó Evar Méndez el día 10 donde se declamó el poema “La niña que sabía dibujar el mundo” de Bernárdez dedicado a Norah. Sea como fuera, Victoria lo convocó, con Henríquez Ureña y quizá Borges, en su casa de Rufino Elizalde el miércoles 20 de julio, justo un día después de escribir a Ortega, para recabar su opinión sobre la definitiva puesta en marcha de la revista.

En la reunión, Torre dio su parecer de forma vaga. La presencia de Victoria podía ser intimidante y el cuñado de Borges aún no tenía confianza con ella. Al salir de su casa se sintió frustrado, con la impresión penosa de haber sido incapaz de estar a la altura de la expectativa de Victoria y resolvió ponerle por escrito las impresiones y sobre todo los consejos que no le había dado de viva voz. Lo hizo al día siguiente en una extensa carta (Ródenas 2014a: pp. 45-49).¹ Es probable que esa carta-informe convenciera a Victoria de que Guillermo podía ser una pieza esencial en la maquinaria de la revista y pasó de consultarle su criterio a proponerle que fuera secretario de redacción. La carta se conserva en una copia que hizo el propio Torre y merece que me detenga brevemente en ella.

Guillermo de Torre puntualiza que él no tiene más aspiración que ser una de las voces del “coro de opiniones” leales y desinteresadas que rodeaban la gestación de la revista y de las que Victoria tiene que deducir “una tónica media, cierta línea reguladora”. El primer acuerdo de ese coro era la “franca repulsa respecto a la participación de Glusberg”. Todos se lo habían dicho: entre ella y Glusberg no existía la más remota afinidad de gustos o tendencias. Sin ir más lejos, había regateado el mérito a Ricardo Güiraldes (frente a “la vulgaridad de Lynch”) y se había enfrentado a los escritores jóvenes de *Martin Fierro*, de los que se había apartado tras participar en la creación de la revista. Henríquez Ureña se lo dijo a Torre al salir del encuentro: sería ingenuo creer que Glusberg “iba a limitarse al papel administrativo o secundario”. “¿Por qué se empecina usted en sostenerle?”, le pregunta. Torre entiende que Victoria se sienta atada a Waldo Frank “por el hecho de que él le sugiriese la idea de la revista, y, por ende, creería una ingratitud prescindir totalmente del legado infausto que él le dejó”, esto es Glusberg. Pero debe superar ese escrúpulo y “recabar para sí misma todas las iniciativas y responsabilidades”. Insiste en que ella se basta, porque la tarea es hacendera aunque exija entrenamiento. Y es el momento en que Torre aprovecha para sacar a relucir sus diez años de laboreo en la sala de máquinas de muchas revistas y revistillas “aunque ahora no participe ni tenga deseos de participar directamente en ninguna”.

En suma, “puede usted sola hacer muy bien la revista. Ayudándose quizá de una persona para la cosa puramente técnica o burocrática de correspondencia, corrección de pruebas. Y asesorándose, de vez en cuando, con las personas de su intimidad que le merezcan más confianza en el trance de tomar partido sobre algún punto, resolver sobre alguna colaboración imprevista y cosas así”. Tampoco cree Torre que necesite un consejo directivo, que puede ser tan ineficiente como el de *Síntesis*, compuesto por ocho personas. Sí, en cambio, le recomienda que, toda vez que la revista aspira a ser un órgano internacional, constituya, a la manera de *Bifur* o *900* “una nómina de «consejeros extranjeros»: no para lucir a Ortega, a Frank, a Ramón, a algunos más, sino para obligarles así, de modo más evidente, a prestar su colaboración, la de sus próximos y crear ambiente a la revista. Si no es un disparate esta sugerencia, piénsela y tal vez le parezca utilizable”. Y desde luego que le pareció utilizable la sugerencia, como refleja el primer número de *Sur*, en cuyo Consejo Extranjero figuraron, junto a los obvios que apunta Torre, los nombres de Henríquez Ureña, Ernest Ansermet, Drieu La Rochelle y Leo Ferrero.

Torre insiste en que la futura *Sur* debe ser imperio suyo, porque solo “el dominio unipersonal, absoluto, no compartido –siempre que sea efectivo, inspirado, certero– puede dar a una publicación un alma y una dirección propias”. A Torre se le hacía tarde mientras escribía y lo constata (“Debiera acabar aquí. Tengo que salir”), pero quiere añadir a su defensa de la autonomía plena de Victoria un reparo. A ella le complacía una publicación de altos vuelos como la francesa *Commerce*, compuesta de largas y valiosas colaboraciones de aire intemporal, concebidas –se diría– para la posteridad, pero ni la magnitud de los trabajos ni la disociación de lo inmediato le convencen a Torre. La revista que habían fundado en 1924 Paul Valéry, Léon-Paul Fargue y Valery Larbaud se le antoja “frígida y monótona”, un escaparate de lujo para la literatura perdurable, pero sin agilidad, como una comida de platos fuertes sin los entretenimientos que serían las notas sobre libros y actualidad. Para contrarrestar ese aspecto monumental, propone una sección final que incluya “una serie de glosas, asteriscos, de moralidades con aire polémico, lírico, vario que le quiten rigidez”, donde, por ejemplo, la propia Victoria podría publicar sus cartas, igual que hace André Gide en la *Nouvelle Revue Française*. Y lanzada esta sugerencia, Torre resta importancia a sus objeciones sobre la idea de cubierta de Victoria, que pretendía estampar un mapa en la portada, porque todo dependerá del tamaño del mapa y del aire que lo rodee. Y, tras recomendarle a Victoria que recurra a Héctor Basaldúa para la parte gráfica, se pone a su disposición para seguir conversando “sobre bases ya más concretas”.

Pudo ser el efecto de aquella carta o la acción combinada de unos cuantos consejos convergentes, pero lo cierto es que Victoria prescindió sin tardanza de Samuel Glusberg, nombró un consejo internacional, incorporó la sección “Notas” como cierre de la revista y ofreció a Guillermo la secretaría de redacción, cargo que él aceptó y desempeñó con suma diligencia durante los seis primeros números, hasta mediados de 1932. Luego, con él en Madrid, el séptimo número se retrasaría hasta abril de 1933; el octavo saldría seis meses después, y desde entonces y hasta julio de 1935 –cuando reapareció con periodicidad mensual–, *Sur* entró en un letargo de un año. En octubre de 1930 ya ejercía su cometido Torre, cuando el nombre de la revista en gestación sigue siendo el insatisfactorio *América y Cía*, como le dice a Reyes el día 5 de ese mes: “Título este que no nos llena del todo, ni a ella, ni a Mallea, ni a mí, copartícipes de los trámites previos” (Reyes/Torre, 2005, p. 195). Y en enero, cuando ya está en la calle *Sur*, Torre le cuenta a Reyes que solicita a Genaro Estrada una colaboración y escribe en el mismo sentido a los mexicanos Torres Bodet y Ortiz de Montellano. Además, él y Mallea, que desean presencia chilena en *Sur*, han pensado en Gerardo Seguel, que quizá sigue en México.

El intervalo entre el sexto y el séptimo número, de unos diez meses, fue el del despliegue de la editorial *Sur*. Para su puesta en marcha de nuevo Eduardo Mallea y Guillermo de Torre fueron cruciales. La decisión de crear la editorial fue temprana, más de lo que se ha creído hasta ahora, puesto que se remonta por lo

menos a julio de 1931, sólo seis meses después del nacimiento de la revista. Lo prueba una carta de Torre a Ricardo Baeza fechada el 16 de agosto, pocos días después de que Victoria contratara con Aldous Huxley su novela *Point Counter Point*. Torre comunica a Baeza que ya se ha firmado el contrato con Huxley, por lo que, habiendo estado a la espera hasta ahora, “puede usted comenzar la traducción”.²

La decisión coincidió, pues, con la publicación del tercer número de *Sur* en el invierno austral de 1931, de modo que no estuvo basada en un déficit acrecentado por muchos números sino en las pérdidas económicas que ocasionaron los tres primeros. El sumario de aquella tercera salida lucía la doble vocación americana y europea de la revista, porque si por un lado llevaba contribuciones de la propia Victoria (“Palabras francesas”), de Alfonso Reyes (el arranque de novela “Los dos augures”), de Genaro Estrada (“Donaire”), de Ricardo A. Latcham (“Sobre la nueva poesía chilena”) y del antropólogo suizo-argentino Alfred Metraux, director entonces del Instituto de Etnografía de la Universidad de Tucumán (sobre “El mundo perdido” de los indígenas sudamericanos), por otro ofrecía trabajos de Aldous Huxley (“Pigmalión contra Galatea”), de un casi desconocido Henri Michaux, traducido por Torre (“Bajo el faro del miedo”) y del director de la Bauhaus, Walter Gropius (“Arquitectura funcional”), mientras que la América de habla inglesa estaba representada por Lewis Mumford (“El arte en los Estados Unidos”) y por tres poemas de Edgar Lee Masters.

Los primeros pasos encaminados a establecer una estructura básica de la editorial fueron lentos y se prolongaron durante la segunda mitad de 1931, coincidiendo así con la publicación del cuarto número de *Sur*, a comienzos de diciembre. Volvía a ser un número magnífico, con un reparto de cuotas que en esta ocasión era desfavorable para Latinoamérica: sobre las dos Américas escribía Waldo Frank (“El mundo Atlántico”), Gorham Munson lo hacía sobre las letras estadounidenses, Leo Ferrero hacía lo propio sobre la literatura italiana y André Malraux firmaba un ensayo sobre la controvertida *Lady Chatterley’s Lover* de D. H. Lawrence. El apartado de creación literaria lo cubrían el poeta francouruguayo Jules Supervielle (traducido por Rafael Alberti) y Ramón Gómez de la Serna, que daba un anticipo de su novela *Policefalo y señora*. La sección de Notas se abría con dos piezas de Borges y Torre en las que parece atisbarse un sustrato común, acaso una conversación trivial sobre el carácter argentino: Borges aborda en “Nuestras imposibilidades” las limitaciones que lo lastran, mientras que Torre, encarando en su “Crítica de conferencias” las de Paul Morand y Gómez de la Serna, también señala actitudes a su juicio poco halagüeñas del público que asiste a las salas de conferencias. En la misma sección, Raimundo Lida preconiza, apoyado en un artículo de Leo Spitzer sobre Quevedo, una orientación estilística en la crítica literaria que atienda en primera instancia el singular manejo del idioma del escritor para derivar desde él cualesquiera otras consideraciones. Con lucidez señala al final que el “nombre de Borges debe también entrar en esta ligerísima reseña”, porque “su prosa nos lo muestra acuciado por una constante, ya no que sistematizada, preocupación estilística, y hasta cobra de cuando en cuando un inequívoco acento de programa” (Lida, 1931: p. 172).

Con la quinta entrega de *Sur* en producción, Torre resolvió que su regreso a España junto con Norah, con la intención de quedarse para siempre, tendría lugar en marzo o abril (es lo que le dice a Reyes el 10 de noviembre, pero sería finalmente el 25 de febrero de 1932) y que, en consecuencia, gran parte del peso de la elaboración de la revista y, en cierto modo, de la editorial recaería en Mallea. Aquel quinto número, que dejó Torre más o menos listo, salió con retraso estando ya él en Europa, el 1 de mayo, “¡justo homenaje de las circunstancias a su ausencia!”, le escribe Mallea (Ródenas 2014b, p. 183). Y volvía a ser excelente: en él colaboran Martin Heidegger, con “¿Qué es la metafísica?”, Alfonso Reyes con “Rumbo a Goethe” y Jorge Luis Borges, que publica el definitorio ensayo “El arte narrativo y la magia”.

Entre noviembre y diciembre de 1931, Victoria piensa en los primeros títulos que van a acompañar a Huxley en el lanzamiento, e inicia un sondeo sobre los derechos. Dado que carece de infraestructura, tiene

que encomendarse a la intermediación de una editorial con más recorrido, como era Espasa-Calpe, quizá por indicación de Guillermo de Torre, que desde 1927 trabajaba en la delegación argentina, junto a Julián Urgoiti y Gonzalo Losada. No obstante, es a María de Maeztu, que dirige en Madrid la Residencia de Señoritas, a la que envía una misiva el 16 de diciembre para que apremie a Calpe a escribir “inmediatamente a los editores de D. H. Lawrence, Virginia Woolf y Katherine Mansfield para pedir los derechos de sus obras”. Del primero le interesan *Kangaroo* y *The man who died*, novela esta que se propone traducir con Eduardo Mallea y a la quiere que Aldous Huxley ponga un prólogo. Con Huxley ya hace tiempo que ha cerrado el acuerdo para traducir al español *Point Counter Point* hasta el punto de que ya ha abonado los derechos a su editor John Pinker. Con este ha publicado un par de libros de Mansfield, pero ella prefiere negociar con Middleton Murry porque lo que le interesa es publicar una antología de sus cuentos y Murry podría encargarse de hacer la selección. En el caso de Virginia Woolf no va a ser tan fácil, porque ella no la conoce aún personalmente y sabe que tendrá que tratar con T. S. Eliot, al que ha visto en Londres. Además no sabe qué título escoger: ¿*Mrs. Dalloway*, que ya tiene versión francesa; *Orlando*, como le aconseja Huxley; *A room of one's own*, como le dice Sylvia Beach? Con esta, por cierto, hay que hablar sobre los derechos de *Exiles* de James Joyce. Y el propio Paul Valéry le sugirió a Victoria traducir *Regard jeté sur l'Europe*, pero tal vez sea mejor una selección, para lo que hay que consultar el parecer de Ortega.

María de Maeztu, que es la destinataria de las peticiones que contiene este minucioso informe, realizó sin tardanza las gestiones y antes de una semana Espasa-Calpe (Ocampo, 1966, p. 13) le dio respuesta a la vez que enviaba copia de la misma a la delegación de Buenos Aires, copia que pudo conocer Torre. Pero él y Norah Borges ya tenían fecha de vuelta a Madrid con la intención de integrarse en la vida cultural de la joven República española. Su viaje, que contrariaba a Victoria por cuanto afectaba a la elaboración de la revista, podría ser de provecho para la incipiente editorial, cuyas gestiones podría realizar Torre *in situ*, esto es en la sede central de Espasa-Calpe, que, en principio, sería la empresa que se encargaría de la producción material de los libros para su posterior envío a Buenos Aires, desde donde se distribuirían.

En abril, Torre envía a Mallea algunos catálogos de tipos para que él y Victoria escojan la tipografía de la editorial y, al responderle Mallea, se entera de que el artículo de Benjamin Fondane –al que él ha visto en París– sobre Goethe está pésimamente escrito y le está dando a Mallea demasiado trabajo. Habían convenido que él, en Madrid, se ocupara de la contratación de las traducciones y de las gestiones con Calpe y la imprenta. Pero Victoria aceptó a regañadientes, porque la marcha de Torre le sentó mal y Mallea se lo hace saber el 17 de junio de 1932: “Ella comprende cómo nos hace usted falta aquí, en *Sur*. Y en todo”. Una de las consecuencias de la contrariedad de Victoria era que cada vez que Mallea daba la orden de pago de los honorarios de Torre –una orden que debía ejecutarse a través de Espasa-Calpe–, Victoria “manifestaba su preferencia –claro que un poco infantil, bien de Victoria– porque usted regresara para buscarle aquí una situación. Tarde, dirá usted. Pero vea en tal voluntad un afecto y un reconocimiento de su eficazísima acción en este páramo” (Ródenas, 2014b, p. 184). No obstante, en julio Mallea había podido armar el sexto número, del que se muestra muy satisfecho a pesar de sus quejas sobre la existencia vegetativa en Buenos Aires y la sed en el “páramo que usted ha dejado”:

Este sexto será extraordinario. Tengo ya preparados para él: la conferencia que dará el próximo lunes Victoria sobre Lawrence –“El hombre que murió”–; el ensayo de Drieu sobre Rusia; un artículo sobre Santayana, el hombre, que he pedido a Julio Irazusta, que vivió con él dos años en Roma y lo conoce por consiguiente de sobra; una breve antología que se me ha ocurrido hacer de jóvenes poetas argentinos –medida más bien política para satisfacer así, sin comprometerse mucho y con un trío de abundantes perdigones, a un buen número de muchachos: Borges, Marechal, Bernárdez, Molinari, Olivari, etc.; y cosas variadas y serias. No he visto aún los artículos –de Vela y suyo– que Ramón aludía en su carta. (Ródenas, 2014b, p. 186)

Cuando viera la luz aquel sexto número, que incluiría un texto de Antonin Artaud (“El teatro alquímico”) y la “Noticia de los Kenningar” de Borges, la editorial ya tendría firmado el contrato de *Canguro* de D. H. Lawrence, la novela que, junto al *Contrapunto* de Huxley inauguraría el catálogo. El traductor sería el gallego-cubano Lino Novás Calvo, que había llegado a Madrid en 1931 como corresponsal del semanario cubano *Orbe* y al que casi sin duda encargó la tarea Torre. Solo un mes después de recibir la carta de Mallea, Guillermo de Torre escribe a Gonzalo Losada interesándose por las gestiones que Espasa-Calpe realiza a favor de *Sur* (revista y editorial), pero el editor no contestó hasta el 20 de diciembre, aunque lo hizo, disculpándose, en una misiva extensa y plagada de información valiosa que se inicia con un halago:

[L]e diré que los asuntos de *Sur* siguen el ritmo lento en que cayeron cuando usted los dejó y por mucho que sea el interés que usted se tome desde ahí y nosotros desde aquí me parece que no lograremos despertarles de esta especie de sopor tropical en que parecen sumidos. A la Sra. Ocampo no se le ve nunca y a Mallea solo cuando le llamamos y aunque a todo contesta afirmativamente o cierto es que bien porque tenga una pasmosa facultad de olvido o porque tropiece con resistencias pasivas que son las que más enervan, pasa el tiempo y todo continúa en el mismo estado. Nada han decidido de los tipos de imprenta para las publicaciones de la revista, respecto del formato de dichas publicaciones, etc. y por las trazas tampoco tienen mucha prisa en resolverlo.³

La misma indolencia ve Losada en el pago a Londres de las 25 libras a cuenta de los derechos de traducción de D. H. Lawrence, que sigue sin realizarse, por lo que aconseja a Torre que “tenga paciencia y no se desespere”. De la revista le dice que sale con mucha irregularidad y que, pese al esfuerzo de la editorial, no tiene la circulación que merece, por lo que pidió a Mallea que redactara una circular con el fin de aumentar el número de suscriptores pero el intento fracasó. Losada se extiende en la creciente xenofobia de la sociedad argentina y en el colosal problema de la piratería editorial –con mención a los artículos de Glusberg, a quien “Dios confunda por el daño que a autores y editores viene haciendo”– y felicita a Torre por sus artículos en *El Sol* y por el primer número de la revista *Arte*, de la Sociedad de Artistas Ibéricos, confeccionado en gran medida gracias a su esfuerzo.

No tardó Torre en escribir a Mallea con propuestas sobre el formato y la tipografía de los libros de *Sur*, pero cuando el argentino le respondió, el 1 de marzo de 1933, le dijo que en enero le había remitido una carta con indicaciones sobre el diseño de cubierta que, a todas luces, se había extraviado. Mallea resume la carta perdida (diseño, tipografía del título y el nombre del autor, ubicación y tamaño de la flecha de *Sur*) y le confía todo lo relativo a la impresión: “es preferible que, todo lo relativo a imprenta, lo decida usted directamente allí, según su gusto –por otra parte excelente”. Sí le precisa la tipografía de la cubierta (clara y elegante) y que, en general, hay que basarse

en la carátula del *Ulises* de Joyce, que me parece el *súmmum* de elegancia, distinción y sobriedad. Las indicaciones que le he hecho para *Contrapunto*, valen, claro está, para *Canguro*. Nada de adornos en la carátula: la mayor claridad y equilibrio. Abajo, una flecha pequeña y *Sur*. Sólo Buenos Aires, primero: porque aquí ya nos persiguen mucho por dar las traducciones afuera; segundo: porque poner Buenos Aires - Madrid parecería allí como un alarde, cosa inútil e indeseable. (Ródenas, 2014b, p. 188)

A finales de mes, el día 30, estalló un conflicto económico con Espasa-Calpe que Mallea califica de “gravísimo” y que puso en riesgo el inicio de la empresa y hasta la misma revista *Sur*. Considera Mallea que en la delegación argentina se les “trata sin consideración pecuniaria alguna”, porque lo que Victoria debía a la editorial “en concepto de impresión de *Canguro* y *Contrapunto* y algunos de los sueldos de usted,

pretenden ahora que lo paguemos ateniéndonos al perjuicio del cambio” (p. 189), lo que elevaba la deuda hasta los 12.000 pesos. A Victoria le parece inicua la situación. Se ha enojado hasta el extremo de que, si no se soluciona, “no aceptará publicar un solo libro aquí ni en España, así como tampoco la revista” (p. 190). Ante esa catástrofe, Mallea le ruega a Torre que “haga entrar inmediatamente en razón a estos señores” para que reduzcan el monto del débito y les haga entender que “se trata de una empresa cultural y privada”.

Guillermo de Torre se alarmó y le pidió concreciones: ¿va a seguir adelante o no el proyecto de editorial?; si la respuesta es afirmativa, ¿debe encargar la traducción de *Tipos psicológicos* de Jung, del que Victoria le había hablado?; y, en fin, ¿se imprime *Canguro* de Lawrence y la revista? Mallea le contestó que la editorial seguía adelante, que de momento no encargara la traducción de Jung y, por último, que la novela de Lawrence y el número 7 de *Sur* estaban en la imprenta Colombo. A la vez le pedía que exigiera a Calpe las liquidaciones de la revista, de las que no habían recibido ninguna en dos años. En cuanto a la deuda de Victoria con Calpe, quizá pudo intervenir Torre porque ahora el monto es de solo ocho mil y pico que, con el descuento de las liquidaciones, se queda en seis mil y algo.

A partir de ese momento, Mallea y Torre se encargan de perfilar el diseño de los libros de Sur. Victoria, por otro lado, está absorbida por el cargo de directora del Teatro Colón, peleándose con “la secular politiquería y estultez” de los concejales y afanándose por traer a Igor Stravinski, aunque tenga que alojarlo en su casa de San Isidro. Mallea, no obstante, despacha con ella y por eso le dice a Torre que el “tono azul de la tapa está bien ¡pero la flecha no quiere Vic que sea negra sino de un tono azul algo más oscuro que el resto de la superficie!”. En cuanto al precio, debe ser moderado, porque hay que competir con esa producción clandestina de la que se lamentaba Losada que ha reventado los precios: “ha inundado Buenos Aires una ola de libros fraudulentos a 0.95. Libro que aparece en Europa (Bernard Shaw, Ortega, Marañón, Morand, etc.) es rápidamente traducido por el Sr. Torrandell hijo y echado a la ciudad en masas fabulosas”.⁴

En julio Torre hace enviar los primeros ejemplares de *Canguro* y *Contrapunto* a Buenos Aires, aunque el coste de imprimir en España es oneroso para Victoria. Por eso Mallea le dice el 4 de julio, antes de recibir los libros, que junto a su carta viaja a España Manuel Olarra, de Espasa-Calpe, con una propuesta: “que la casa Calpe pague a medias o en su mayor parte los gastos de impresión, distribución, etc. de la futura vasta editorial SUR”. El plan lo ha ideado el propio Mallea “porque veo que a costa de la fortuna personal de Victoria nada vasto se podrá hacer” y le pide a Torre que hable con Olarra sobre ello. Por otro lado, el escritor argentino le hace partícipe de que proyecta un libro de relatos –entre ellos “Sumersión”, que había sido su primera contribución a *Sur* y un atisbo de su tema de la argentinidad auténtica e invisible– antes de entregarse a la novela y también le confiesa su desánimo “de esta tierra, donde cada vez quiero aislarme más”. Y añade: “Tengo muchos deseos de ir a España. No a Francia ni a Inglaterra, a España. Y hundirme en ese pueblo, descansar de tanta desierta multitud; vivir”.

En octubre de 1933, con los primeros libros de Sur en la calle, Victoria reactiva la idea de traducir *Tipos psicológicos* de Jung a todo trance. Mallea se lo hace saber así a Torre el día 6: “no importa lo que cueste, no importa tampoco que la venta cubra o no los gastos”.⁵ También le comenta que la traducción de *Death at the arfternoon* de Ernest Hemingway era un deseo de Victoria, que se ha “entusiasmado no precisamente por el tema sino por la transparencia con que aparece definido el temperamento –tan particular y curioso– del autor: hombre tan limitado en su mentalidad, ‘introvertido de sensación’ (según lo calificaría Jung), pero que logra reflejar tipos actuales con una verdad y una plasticidad realmente fuertes”. Mallea y Torre ya habían tratado sobre esta posibilidad y el español había sugerido traducir *A Farewell to Arms* (1929), pero la idea quedó aplazada. Otro novelista norteamericano al que consideran que convendría traducir es William Faulkner. “A mi juicio”, dice Mallea, “uno de los más extraordinarios novelistas de la hora actual”, por lo que ya ha pedido a Waldo Frank que medie para conseguir de Faulkner la autorización pertinente.

En el margen de la carta añade a mano que "la chusma de *Crítica* prosigue su infame campaña contra Victoria y la han emprendido con *Canguro*. Precisamente por la graciosa 'buena voluntad' del joven Petit de M.[urat] y en el suplemento que dirige el propio Borges (!)", que no es otro que la *Revista Multicolor*.

El 2 de noviembre Mallea considera el interés que tendría traducir *El ruido y la furia* "si cobraran pocos derechos pero es un libro de poca venta si los hay" y, como sabe que en España Calpe ha traducido *Sanctuary*, le pregunta a Torre cuánto ha pagado la editorial por esa novela. Por otro lado, le encarga averiguar los derechos de *Filmo* de Rudolf Arnheim y los de un par de títulos de Jung –amén de *Tipos psicológicos*—: *Art Now* y *Modern Man in Search of Soul*. Asimismo, le urge saber cuánto tiempo se tomaría Calpe en imprimir "un libro de alrededor de 350 o 400 páginas desde el momento de recibir el original hasta entregar la obra", entre otras cosas porque están "preparando el libro de Victoria, que haremos aquí, creo", aunque finalmente el libro, que debía de ser el primer volumen de *Testimonios*, no saldría hasta 1935 en *Revista de Occidente*. Lo que va a aparecer en Buenos Aires y de forma inminente es una edición del *Romancero gitano*, "porque el éxito de García Lorca –sobre todo en el teatro, con *Bodas de sangre*– es aquí inmenso", y esa popularidad quiere aprovecharla Victoria para aliviar las finanzas de la editorial, como así fue. Las novedades son muchas, aunque no todas cuajaron. No lo hizo, por ejemplo, la colección de Sur de formato pequeño y elegante que se imprimiría en Buenos Aires destinada a la novela corta y el ensayo. Para ella le reclama Mallea un ensayo prometido por Torre (y nunca entregado) y le pide que solicite originales a Corpus Barga y Fernando Vela.

Solo tres semanas después, Mallea le pide con urgencia a Torre que, por fin, adquiera los derechos de *Tipos psicológicos* de Jung y encargue una traducción rápida (de lo contrario, la gestionarían en Argentina), aunque es probable que la impresión se traslade a Buenos Aires, porque el coste es inferior, como han comprobado con el *Romancero gitano*, del que han tirado tres mil ejemplares que se distribuirían el 26 de noviembre. Poco a poco toda la gestión de la editorial la van asumiendo Mallea y Victoria desde Buenos Aires. Así, contratan *La virgen y el gitano* de D. H. Lawrence, encargan la traducción a Eduardo Uribe y en abril de 1934 ya entrará en imprenta, poco antes de que Victoria parta de nuevo hacia Europa. Sería el inicio de un parón de un año en la revista: desde julio de 1934 (núm. 9) a julio de 1935 (núm. 10) *Sur* no se publicó. Tanto Victoria como Eduardo Mallea dieron prioridad a otros intereses (el teatro Colón ella; su propia obra narrativa él), entre ellos la marcha de la editorial, cuya contabilidad estaba lejos de las expectativas con que se creó.

Si bien Victoria determinó mantener en Argentina la producción editorial, siguió confiando en Torre para la gestión de derechos. El 30 de junio de 1934, cuando ella regrese de Londres, donde Huxley le habrá presentado a Virginia Woolf, lo cita en París para despachar los asuntos de la editorial. Todavía colean los *Tipos psicológicos* de Jung debido a razones económicas –en abril se había suspendido la gestión a causa de "la ingente suma que habrá que pagar estos días a Calpe", como le escribió Mallea–, pero en octubre Victoria se ha reunido brevemente con Jung en Zúrich y, tras la visita (frustrante para ella porque el psiquiatra rehusó su invitación a viajar a Argentina) le pide a Guillermo de Torre que resuelva la traducción sin demora y le anuncia que el libro se imprimirá en Buenos Aires. Torre encomienda la tarea a Ramón de la Serna –hijo de Concha Espina– con unos honorarios de 1.100 pesetas. El 27 de octubre Victoria le envía el prefacio del libro para que lo traduzca cuanto antes porque quiere publicarlo en *La Nación*.

Solo un mes después Victoria telegrafía a Torre desde París para consultarle qué se puede ofrecer a James Joyce por *Exiles* y el 13 de diciembre de 1934, tras volver de una escapada a Londres donde conoce a Igor Stravinski, le hace la misma consulta a propósito de las memorias del músico: "¿Qué se le puede ofrecer? Claro, que él no se contentará con lo que a nosotros nos parezca *bien*", y le pide que prepare un

contrato “que él pudiera firmar el 19 (se va a New York). La cifra puede dejarse en blanco”.⁶ Torre actuó con celeridad y el 18 de diciembre envió a Stravinski un contrato con un anticipo superior al que le había ofrecido la editorial francesa Denoël y de paso le pidió el original de *Crónica de mi vida* para traducirlo de inmediato (Ayerza de Castilho y Felgine, 1992, p. 158). Él mismo se hizo cargo de la traducción y Victoria puso un prólogo. También cuidó la edición de *Conocimiento y expresión en la Argentina* de Mallea, que se imprimió en Madrid en la primavera de 1935.

Durante los años en que Guillermo de Torre vivió en España, entre 1932 y 1936, su relación con *Sur*, revista y editorial, se mantuvo viva, aunque su responsabilidad directa fuera decreciendo. Fue natural, por tanto, que cuando estalló la guerra civil, Eduardo Mallea, al saberlo en París con Norah sanos y salvos, le escribiera el 3 de noviembre de 1936 en términos muy afectuosos pero ignorante de que la pareja esperaba el nacimiento de su primer hijo:

¿Qué están haciendo en Europa, en Francia? ¡Vénganse enhorabuena! Buenos Aires está cambiando; la hostilidad literaria se ha volatilizado, la ciudad se civiliza, el reciente congreso de los P.E.N. Clubs realizado aquí congregó a masas ingentes de público, la llegada de escritores eminentes de todo el mundo es cada día más frecuente y visible. Vénganse. Usted podrá trabajar aquí, en *Sur*, y conseguir colaboraciones, traducciones, etcétera en varias revistas, sin contar con las conferencias en el interior, que ahora se pagan bien y pueden ser bastante frecuentes. La vida no está aquí cara; al contrario, creo que Gómez de la Serna vivirá muy bien aquí, mejor que en Madrid. Yo le ayudaré moviendo cielo y tierra. Ya verá usted que podremos hacer algo bueno. Además, ahora que en España no habrá revistas literarias, *Sur* tendrá que duplicar su acción.⁷

Al tener conocimiento de que Norah ha dado a luz, Mallea escribe el 14 de febrero de 1937 con propuestas muy precisas:

¡Albricias! Un fuerte abrazo para usted y Norah y unas cordiales palmadas mías para el recién nacido, para ese pequeño “galo” a quien deseo el más venturoso de los destinos. Oiga, Guillermo. He hecho a Victoria una propuesta que ella ha aceptado encantada. Usted es necesario en *Sur*. Yo no puedo ocuparme de la Redacción de la revista con la atención necesaria pues tengo mis preocupaciones en *La Nación*. En cuanto a Reyles, aparte de que es totalmente nulo para las cuestiones dichas propias de la Redacción, sólo se ocupa de parte administrativa. No queda más que un muchacho Uribe, casi del todo incapaz, que fue tomado para corregir pruebas cuando nos indispusimos con Sánchez Villalba, y que no deja barro por hacer en cuanto nos descuidamos. Uribe gana por mes \$150. Ya no podemos seguir con él sino por espíritu de beneficencia y este espíritu no beneficiaría a la Revista. VÉNGASE USTED Y TENDRÁ UNA ASIGNACIÓN MENSUAL DE DOSCIENTOS CINCUENTA PESOS. Es decir, los \$100 que percibe ahí ahora más los \$150 de Uribe. Pero debe contestarme y decidirse a venir cuanto antes. Será en bien de la Revista y tanto Victoria y yo estaremos contentísimos. Además, podrá escribir y publicar artículos en *Sur*, *El Hogar* y otras revistas y periódicos que es más fácil tocarlos aquí directamente como ha hecho Ramón.⁸

Guillermo de Torre regresó finalmente en mayo, reasumió la secretaría de redacción y volvió a llevar, con Mallea y Victoria, el peso de la revista, aunque en esta nueva etapa su firma sería mucho más frecuente y contribuyó a configurar la posición de *Sur* con artículos como “Literatura individual frente a literatura dirigida” (Torre, 1937a), “Una apología de la literatura” (Torre, 1937b), “Por un arte integral” (Torre, 1937c) o “La revolución espiritual y el movimiento personalista” (Torre, 1938). No obstante, fue en la nueva sección de notas de actualidad que creó en junio, “Calendario”, donde la posición democrática y humanista de *Sur* se manifestó más diáfana ante la historia turbulenta del presente, que entró por esas páginas finales a raudales. Como Alfonso Reyes escribió a Genaro Estrada el 18 de agosto de 1937,

“Guillermo de Torre (...) ha vuelto a ésta y se ocupa empeñosamente en la revista y en cosas de la editorial Espasa-Calpe” (Reyes/Torre, 2005, p. 149), por eso le recomienda “con todo amor” que atienda la petición de Torre de que envíe materiales para un número mexicano de *Sur*. Cuando Torre deje de ocuparse de esas cosas y, a comienzos de 1938, se una a Gonzalo Losada para fundar una nueva editorial, deberá abandonar la secretaría de la revista, relevado por José Bianco, y su “Calendario” pasará a coordinarlo Ernesto Sábato. Pero esto forma parte de otro capítulo de la misma historia.

REFERENCIAS

- Ayerza de Castilho, L. y Felgine, O. (1992). *Victoria Ocampo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gramuglio, M. T. (1983). *Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural. *Punto de vista*, 17, 7-9.
- King, J. (1989). *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, V. (1966-1967). Vida de la revista *Sur*. 35 años de labor. *Sur*, 303-305.
- Ocampo, V. (1969). *Diálogos con Mallea*. Buenos Aires: Sur.
- Ocampo, V. (1970). Después de cuarenta años. *Sur*, 325.
- Ocampo, V. (1975). *Testimonios. Novena serie (1971-1974)*. Buenos Aires: Sur.
- Pasternac, N. (2002). *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación, 1931-1944*. Buenos Aires: Paradiso Ediciones.
- Podlubne, J. (2012). *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Reyes, A. y Henríquez Ureña, P. (2021). *Correspondencia III, 1925-1944*. México: FCE.
- Reyes, A. y Torre, G. de (2005). *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958)*. Valencia: Pre-Textos.
- Ródenas de Moya, D. (2014a). Guillermo de Torre (y Samuel Glusberg) en la génesis de la revista *Sur*. En V. Cervera Salinas y M. D. Adsuar Fernández (Ed.), *Ensayo, memoria cultural y traducción en Sur* (pp. 15-50). Editum.
- Ródenas de Moya, D. (2014b). Peregrinos en la misma senda: Mallea y Torre, correspondientes. *Cuadernos AISPI*, 3, 169-192.
- Ródenas de Moya, D. (2023). *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges*. Barcelona: Anagrama.
- Rodríguez Monegal, E. (1987). *Borges, una biografía literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sitman, R. (2003). *Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América*. Tel-Aviv: Instituto de Historia y Cultura de América Latina.
- Tarcus, H. (2001). *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Torre, G. de (1927). Dos novelas poemáticas. *Revista de Occidente*, 49, 117-119.
- Torre, G. de (1928). Modelos de estación. Las revistas juveniles. *Síntesis*, 14, 229-235.
- Torre, G. de (1929). A través de las revistas. La revolución y los intelectuales. *Síntesis*, 24, 365-369.
- Torre, G. de (1937a). Literatura individual frente a literatura dirigida. *Sur*, 30, 89-104.
- Torre, G. de (1937b). Una apología de la literatura. *Sur*, 34, 80-83.
- Torre, G. de (1937c). Por un arte integral. *Sur*, 37, 52-63.
- Torre, G. de (1938). La revolución espiritual y el movimiento personalista. *Sur*, 37-64.
- Torre, G. de (1940). Conmemoración extraoficial. *Sur*, 75, 36-42.
- Torre, G. de (1950). Evocación e inventario de *Sur*. *Sur*, 192-194, 15-24.
- Warley, J. (1983). Un acuerdo de orden ético. *Punto de vista*, 17, 12-14.
- Zaitzeff, S. I. (1993). *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1927-1930)*. México: El Colegio Nacional.

NOTAS

- 1 Todas las citas de la carta remiten a esta edición.
- 2 La carta se conserva en el fondo Ricardo Baeza de la Residencia de Estudiantes de Madrid.
- 3 La carta se encuentra en el archivo personal de Guillermo de Torre en la Biblioteca Nacional de España, mss. 22826/54.
- 4 Archivo Guillermo de Torre, BNE, mss. 22826/68/11.
- 5 Archivo Guillermo de Torre, BNE, mss. 22826/68/14.
- 6 Archivo Guillermo de Torre, BNE, mss. 22828/16.
- 7 Archivo Guillermo de Torre, BNE, mss. 22826/68/26.
- 8 BNE, mss. 22826/69.